

¿Conoces esa sensación que te invade cuando sonríes a un extraño y te devuelve la sonrisa? ¿Esa felicidad que te inunda al terminar un buen libro? ¿La emoción de abrazar a alguien que has echado de menos? Yo sentí todo eso cuando la conocí.

Recuerdo perfectamente la primera vez que la vi. Era martes. Yo estaba tumbada en la cama viendo la tele. La pantalla brillaba con los dibujos de un gato y un ratón que no paraban de pegarse con mazos y todo lo que encontraban en su camino. Si mi primo hubiera estado allí no habría podido parar de reírse, pero yo ni siquiera conseguía evitar que se me cerrasen los ojos.

Oí el *toc toc* en la puerta de madera.

-Adelante –susurré.

Y apareció. Era una mujer de unos 70 años, el pelo completamente blanco, los dientes tan brillantes como el collar de perlas de su cuello y la ropa más colorida que había visto en varios meses. Pero sus ojos me hicieron olvidar todo lo demás: eran de un azul intenso, como el color del mar un día de verano. Tenía una mirada especial, una alegría que pronto corroboró su voz:

-¿Cómo está la chica más guapa de este mundo? –me preguntó.

-Ni siquiera soy la más guapa de esta habitación. –Tanto ella como yo nos sorprendimos de la respuesta que acababa de musitar. Noté cómo me ardían las mejillas y lo único que quería era esconderme lejos de aquella extraña.

-No me digas esas mentiras que me las creo –dijo mientras se reía-. Bueno, Leyre, lo sé todo sobre ti. Me han pasado una carpeta con fotos tuyas, de tu padre, de tu madre y creo que de toda tu familia. También me he enterado de que eres una alumna excelente y un pajarito me ha contado que te encanta dibujar, me tendrás que enseñar alguna de esas obras de arte.

Silencio. Supuse que la única que se sentía incómoda era yo.

-¿Eres siempre así de callada? Supongo que solo conmigo... ¡Claro! No me he presentado. Mi memoria ya no es lo que solía ser. Me llamo Mar.

-¿Mar? Va a juego con tus ojos.

-Creo que no me habían dicho tantas cosas bonitas nunca. Mis padres me pusieron ese nombre por el color de mis ojos, como te puedes imaginar. Y a partir de hoy, te tocará aguantarme todas las semanas.

Su energía al hablar no dejaba de sorprenderme, me había intrigado y casi no podía apartar la vista de ella: quería saber más, necesitaba conocerla.

–Me refiero a que... –continuó– soy voluntaria. Estoy aquí para ayudarte, para que, bueno, para que no estés tan sola.

-Gracias, pero...

-¿Sabes? –Me interrumpió– De estar magullada y rota te has transformado en una guerrera más fuerte de lo que nunca te podrías haber imaginado. Vives inquieta por abandonar ya este lugar, pero sigues pegada aquí por ahora. Estás harta de que todos te digan cómo vivir. Déjame decirte que solo tú eres tú, y ese es tu poder. He pasado por lo mismo. Déjame ayudarte, por favor.

Fueron demasiadas emociones juntas. Quizá por el cansancio o quizá por Mar y aquellas palabras que sonaban como el océano agitado en días de tormenta. Quizá por los medicamentos o por la música repetitiva que venía de la televisión, todavía encendida. O quizá por la mezcla de todo, no pude evitarlo, y la abracé.

-¿De verdad has pasado por lo mismo por lo que estoy pasando yo? –pregunté con un hilo de voz.

-Hace años la quimioterapia era diferente pero sí, he pasado por lo mismo.

Así la conocí. Así conocí a la mujer que me ayudaba martes a martes, mes a mes; la que me traía libros de su propia estantería; la que me enseñaba palabras nuevas como *fosfeno*, *esteta*, *melomanía*, *serendipia* y *melifluo*; con la que vivía momentos inefables en esa habitación de hospital.

El martes siguiente regresó. Durante toda esa semana había estado pensando en una única pregunta. Antes de que la puerta se abriese completamente, la lancé:

-Mar, ¿por qué te hiciste voluntaria?

-Me alegra que me lo preguntes –Al igual que siete días atrás, su mirada brillaba, sus perlas y sus dientes estaban relucientes y su ropa seguía igual de colorida-. Pero no puedo explicártelo. Me resulta imposible describirte el bienestar que me invade cuando me voy de aquí sabiendo que estás sonriendo, el entusiasmo que noto al aportar mi granito de arena. Tienes que probarlo.

Aquel martes hablamos y hablamos. Le pregunté acerca de su familia y descubrí que sus dos sobrinos eran para ella como sus hijos, que vivían en Canadá y que apenas

podían venir a verla. Me contó cómo había conocido a su marido: él vendía verduras en el mercado y ella compraba allí todos los días, era inevitable que no empezaran una conversación y acabasen enamorándose. Yo le hablé de mis padres, que trabajaban los dos, por lo que se turnaban para estar conmigo. Le expliqué cómo me había sentido cuando me dijeron que tenía cáncer, el terror que se apoderó de mí cuando me tuvieron que ingresar porque “habían aparecido complicaciones serias”. El miedo que tenía día a día.

El tiempo iba pasando y no era capaz de contener mi emoción. No podía esperar a que llegase el segundo día de la semana, a oír su *toc toc* y ver sus camisetas de colores chillones que contrastaban con su pelo blanco, el que años atrás, también había estado cubierto por un pañuelo. Le hablaba a todo el mundo sobre ella y a ella le hablaba de cuanto me ocurría: de las visitas que me hacían mis amigas (venían desde nuestro pueblo todos los meses), de mis últimas vacaciones, del libro que quería leerme... Jamás hubiera creído -solo un par de años antes- que una mujer de 76 años, superviviente de un cáncer de mama, con nombre de marina y una personalidad tan cautivadora y salada (sí, salada), iba a convertirse en una persona de tal importancia en mi vida.

Mar me ayudó, como me había prometido. Me dio fuerzas. Pero no solo a mí. El martes era mi día especial, el que me dedicaba a mí; el lunes el de Adrián, al que enseñó a montar en bicicleta; el miércoles el de todos los niños que iban a la biblioteca para disfrutar con sus *cuentacuentos*. Para Marta, maestra a la que ayudaba en sus clases sobre antiguas tradiciones, era el jueves y el de Arkaitz era el viernes, cuando lo llevaba a pasear para que sus padres pudieran descansar de las muchas horas de hospital.

Mar cambió muchas vidas y nosotros la suya. Nos enseñó que ayudar a alguien no tiene límites de edad y que personas como ella tenían mucho que decir, que podían hacer grandes cosas. Nos mostró lo importante que era la compañía, las risas, el afecto, incluso el silencio, una caricia, una mirada..., nunca los años.

Recuerdo perfectamente la mañana en que salí del hospital: a partir de las nueve y media ya no estuve pegada a aquel lugar. La puerta principal se abrió al detectarme, mi madre empujaba la silla de ruedas. El viento me rozó los párpados y borró todo el cansancio de los últimos meses. Y ahí, a la salida, al final de la rampa, estaba esperándome Mar:

-Toma Leyre –me dijo mientras me tendía un cuaderno en el que aparecía mi nombre en la portada-. Para que dibujes.

Mi nombre quedó un poco difuminado junto al abultamiento de dos lágrimas que escaparon a mis manotazos torpes.

Eso fue ya hace una par de semanas.

El caso es que yo no quiero dibujar. El cuaderno que me regaló mi confidente, mi amiga, mi apoyo, me hace más falta que nunca para otra cosa: para escribir. Para escribirle lo que ha supuesto para nosotros, lo mucho que nos ha enseñado Mar: a vivir, a no rendirnos nunca, a no conformarnos con sobrevivir. Necesitaba decirle lo que la quiero, lo que significa para mí ahora que sé que va a marcharse. Debe irse a Canadá, ¡se ha convertido en tía abuela!: uno de sus sobrinos ha tenido un bebé y se marcha para cuidarlo tan bien como lo ha hecho con todos nosotros. Dice que el inglés no será un problema, que su edad no le va impedir aprender un idioma nuevo.

Como te imaginas, es una mujer asombrosa.

*Arranco estas hojas del cuaderno que me regalaste y te las doy, Mar. Quiero que sepas lo maravillosa que eres. A lo mejor necesitas que te lo recuerden si en algún momento el inglés se te atraganta, o la nieve del invierno se te hace demasiado espesa, o te asalta la añoranza de otra casa más allá del mar. O simplemente, en tu trajín diario, entre nanas, cuentos y chupetes, se te olvida que eres grande, imponente, poderosa, admirable. Aquí te queda escrito. Como en mi corazón.*

*Muchas gracias por todo, Mar.*